BOLETÍN
DE LA
BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO
AÑO IV.—ENERO-MARZO, 1922.—NÚM. 1

# SÉNECA

## Fragmento dramático de D. Marcelino Menéndez y Pelayo

En una carta fechada en Roma a 28 de febrero de 1877 y dirigida a su amigo Laverde, escribía D. Marcelino (1). «Comencé días pasados a hacer un ensayo trágico titulado *Séneca;* pero sólo he versificado tres escenas! Encuentro grandes dificultades, sobre todo para presentar en escena y hacer hablar dignamente a San Pablo. Veremos si llego a terminar este embrión de drama.» Puede asegurarse que no lo terminó. Entre sus papeles he hallado el manuscrito de las tres escenas, en cuatro pliegos de papel de cartas y en una cuartilla suelta, con muchas tachaduras, correcciones y enmiendas. Tenga el lector muy en cuenta, que se trata de un borrador, y que ahora se publica no porque con este nuevo fragmento literario vaya a aumentarse en lo más mínimo la gloria de quien lo escribió, sino únicamente por ser suyo y por el interés que pueda tener para el más íntimo conocimiento de aquel espíritu en los días de su juventud.

No es fácil suponer por sólo estas tres escenas el plan y desarrollo que la tragedia *Séneca* hubiera tenido; pero no será aventurado imaginar que alrededor de la muerte de Séneca, como consecuencia

(1) Vid. Bonilla y San Martín—Menéndez y Pelayo—(«Boletín de la R. A. de la Historia»—Mayo de 1914. p. 51).

de la conjuración de Pisón abortada, giraría toda la obra. Se deduce también por la lectura del fragmento, que en la tragedia, por debajo del relato histórico más o menos fiel a los Anales de Tácito, se plantearía la lucha del mundo viejo con el nuevo. Lucano, Petronio, Pisón y hasta el mismo Séneca representarían la decadencia del mundo antiguo en política, filosofía, vicios y virtudes, y el vago y atormentador afán de algo nuevo de que San Pablo sería el mensajero y maestro.

Así pues, en esta tragedia, desarrollada en un ambiente de la historia romana que tan bien conocía ya el joven humanista—recuérdese su tesis *La novela entre los latinos* y la traducción de un fragmento de Petronio *De mutatione reipublicae romanae* (1875)—hubiera brillado además, la ardiente fe del apologista católico, que estaba trabajando por aquellos días en la *Historia de los Heterodoxos españoles*.

Este *embrión de drama* y la noticia del proyecto—creemos que no pasó de tal—que acariciaba años más tarde, de escribir otro drama que había de titularse *Miguel Servet* son los indicios que hasta nosotros han llegado de su vocación de dramaturgo.

M. Artigas.

## Acto 1.º—Escena 1.ª

Pisón—Lucano—Conjurados

Pisón.—Entrad.—Antes que alumbre el sol naciente
Séneca tornará del predio a Roma.
Nada Nerón sospecha del intento
Que nos conduce aquí.
Lucano.—Sábeslo acaso?
Pisón.—En sus acciones todas se descubre.
Sólo de algún liberto acompañado,
Por las calles de Roma se aventura
Apenas de la noche caen las sombras
Sobre nuestra ciudad. Y sin recelo

De enemiga asechanza, torpe ultraja
El pudor de matronas y doncellas.
Hiere en la oscuridad a quien resiste
Y mancha con su aliento cuanto toca,
Sin sospechar que hierro vengativo
Asestarse podrá contra su pecho
Y libertar al mundo envilecido
Del quinto de sus hórridos tiranos.

LUCANO.—Loca ilusión! estéril devaneo!

PISÓN.—Aún hay Brutos aquí, viven aún Casios
Aún el genio inmortal de nuestra Roma
Pondrá el puñal en irritadas manos.
Más grande César fué, tembló la tierra
Ante su voluntad, rindióse esclava.
Él fué legislador guerrero, sabio,
Pero tirano al fin, y en plena curia
Ante la luz del sol puro y radiante
Hiriéronle cien brazos vengadores
De la violada ley en desagravio.

LUCANO.—Y violada por quién? Quién lo recuerda?
Quién sabe si patricios o plebeyos
El campo abrieron a la fuerza inicua?
Cayó el derecho por la fuerza hollado
Cien veces en la curia y en el foro.
Rebosó de maldad la henchida copa,
Mario, Sila, Pompeyo la agotaron
Y César encontró solo las heces.
¡Venganza inútil fué la que ponderas!
Un torrente de sangre, proscripciones,
Tres tiranos reinar y al más astuto
La herencia del león por suerte vino.

PISÓN.—Y Roma lo sufrió.

LUCANO.—Roma no existe.

PISÓN.—Tú cantor de Pompeyos y Catones
Esas palabras pronunciar...

LUCANO.—No existe.
Que llamas Roma? El miserable vulgo
Que, hambriento, con la espórtula se agolpa

A las puertas del rico generoso,
Y el circo llena de feroz aullido?
Le verás arrastrarse ante las plantas
De quien lance más fieras a la arena,
De quien más gladiadores le presente.
Juzgas que de la sangre los vapores
Le dejarán pensar en tus quimeras?

PISÓN.—Yo desprecio esa plebe: en otro tiempo
Miedo impuso la voz de sus tribunos.
Cónsules, dictadores la temblaban;
Mas pasó aquella edad: y por fortuna,
Que yo patricio soy: otra es mi raza
Que la de esos famélicos esclavos;
Roma patricia fué la que los reyes
Lanzó otra vez de la ciudad eterna,
Patricia libertad es la que anhelo.

LUCANO.—Otro sueño, Pisón. El patriciado
Mírale decadente y moribundo,
Corónanle las flores de la orgía
El humo del Falerno le adormece.

PISÓN.—Mas no despertará?

LUCANO.—Vana esperanza.
Desórdenes sin cuento, tiranías
Aniquilando van a los patricios.
Cuéntalos hoy: los unos sucumbieron
Bajo el hierro cruel del imperante;
Otros en el placer la muerte hallaron,
Y a algunos la miseria ha conducido
A luchar con esclavos en la arena,
Con el númida siervo o el getulio.

PISÓN.—Pero el Senado...

LUCANO.—Si a Tiberio mismo
Su vileza ofendió: si en otro tiempo
Ya le compraba el oro de Yugurta,
Qué esperas del Senado? Envilecido
Todo poder está: se vende todo;
El corcel de Calígula fué cónsul.

PISÓN.—Pero tú sufrirás tamaña mengua

Cantor de los farsálicos horrores?
LUCANO.—Yo no sé lo que ansío: en este pecho
Fuego de libertad arde constante.
Yo vivo con las sombras de otros días
Y en medio del escándalo presente
Pláceme recordar la antigua historia,
Y lanzarla a la frente degradada
De esta torpe ciudad. Pero yo mismo
Ignoro lo que dudo o lo que creo.
Almas de recio temple me convidan
Y absorto muevo en su alabanza el canto.
La imagen de la patria desolada,
El pecho de Catón nunca vencido,
El negro horror de la sagrada selva,
Los dioses de la Grecia, del Egipto,
Materia dan al himno de Lucano;
Mas no su corazón, su fantasía
Llenan Roma, los dioses ni los héroes.
Aquéjame la sed de lo infinito.
Si en España nací, ¿por qué de Roma
Y no del Orbe, ciudadano, vivo?
¿Por qué de esos altares, de esos templos
La inflexible conciencia me repele?
Roma está muerta; pero nueva vida
Yo siento hervir en la confusa gente
Venida de la Siria, de la Acaya,
de la Iberia, del último Oceano,
Parásitos, libertos y sofistas.
PISÓN.—De esa vil multitud esperas algo?
LUCANO.—De esa vil multitud salimos todos.
Mira cuál de Españoles y de Galos
Se llenan el Senado y la Milicia,
Escucha declamar sus oradores,
Oye el ritmo vibrar [de] sus poetas.
PISÓN.—Mas al fin en tu ayuda, egregio vate,
Podremos esperar contra el tirano?
De ese histrión coronado las ofensas
Lucano sufrirá?

LUCANO.—Calle tu boca.
La prez y el lauro arrebatarme quiere.
En públicas lecturas sus sicarios
Sofocar el aplauso pretendieron
que en mi loor constante resonaba,
Mientras a las canciones estridentes
Del hijo de Agripina, ni sus siervos
Osaban aplaudir con la mirada.
PISÓN.—Y al fin, por humillarte, las lecturas
También te prohibió.
LUCANO.—Y ante esa ofensa
Cedí, oh Pisón a las palabras tuyas;
Y a una conjuración que no comprendo,
De móviles oscuros que no alcanzo,
Sin entusiasmo por la causa vuestra
Preste mi nombre y la palabra mía:
Ya me tenéis aquí...
PISÓN.—Nuevo Virgilio!
Nuestra Victoria cantarán tus versos
Y eterna triunfará de las edades;
Mas ya llegan Cornelio y Scevino
Y Petronio también.

**Escena 2.ª**—DICHOS Y PETRONIO

PETRONIO.—Amigos míos.
PISÓN.—Bendígante los Dioses inmortales
Árbitro del placer y de las fiestas.
LUCANO.—Un siervo de Epicuro entre nosotros!
Tú que de Trimalción la rica mesa
Con agudas facecias alegrabas
Hoy unido a los Curios y Catones!
Singular metamórfosis por cierto.
PETRONIO.—No alcanzas el motivo, pobre estóico?
Nada debo a Nerón: en otros días
Fuí pretor en Bitinia, después cónsul,
Los públicos negocios me atrajeron,
Pero canséme al fin; y en los placeres,

En el ocio sin gloria, en los festines,
Entre los coros de ligera danza,
Al blando son de las cantoras griegas
De las rosas de Pesto coronado,
Ví resbalar mis halagüeños días,
Cual Horacio, Polión o el buen Mecenas.
Grato a las Musas, entonaba a veces
Himnos de amor, amor festivo y leve
Muerto a la tarde si nació a la aurora,
O báquicos escolios repetidos
Por parásitos cien en mi triclinio,
O fábulas milesias sazonadas
De Atica sal y Jónica molicie.
Y canséme también. Otros placeres
Como nunca soñó la fantasía,
Punzantes a la vez y tumultuosos,
Que en vez de adormecer hieren el alma,
Insensato busqué. Con Tigelino,
Amigo de Nerón y confidente,
Logré rivalizar. Arbitro sumo
Fuí del deleite en la cesárea corte
Y en medio del deleite, la amargura
Tornó a surgir... un no sé qué de hastío...
Por apartarle, con acerbo estilo,
En sátira tremenda y sin rebozo
Aquella corte describí: pobléla
De Eucolpios, de Trifenas, de Gitones
A estilo de Varrón y de Menipo,
Cínicas burlas y verdad mezclando.
Hastiábame Nerón, sus tiranías,
Sus cenas, sus caballos y sus carros
Mas sobre todo sus malditos versos;
Aquel *Mimalleonis cornua bombis*
Me hizo conspirador. Yo nada fío
En la salud de Roma: allá en las aulas
Bellas palabras son: *virtud antigua,*
Tiempo de cincinatos y Fabricios.
Pura declamación. ¡Tópica vieja!

Yo ni en la patria ni en la gloria creo
Y conspiro por tedio y por fastidio.

LUCANO.—Hipócrita de vicios, te conozco.
Nada crees, Petronio, nada esperas?
Qué es para tí virtud?

PETRONIO.—Un nombre vano.

LUCANO.—Y la razón?

PETRONIO.—Juguete del más fuerte.

LUCANO.—Y la conciencia?

PETRONIO.—Aduladora insigne
Que a cada cual responde cual desea.

LUCANO.—Y nunca airada contestó la tuya?

PETRONIO.—Alguna vez, mas acalléla luego.

LUCANO.—Yo de los dioses y los hombres dudo;
Mas no de la virtud, de la conciencia.
Acallarla es en vano: siempre ruge
La tormenta interior: siempre levanta
Su poderosa voz: quién ha logrado
Más fuerte que ella ser? Esa amargura
Que de la fuente del deleite nace
Que te place llamar tedio y hastío,
Protesta contra tí. No arde en tu mente
La luz de la justicia? No cantaste
Que *Roma al precipicio conducida*
*Fué, de su torpe liviandad esclava?*

PETRONIO.—Ejercicio retórico sería.
Yo trabajo en palabras, soy artífice
De estilo, como tú. Mas si una sombra
Empaña acaso el pensamiento mío,
Si temor vago o esperanza fútil
Si el cansancio... quizá el remordimiento...
Se atreven a clamar, cierro los ojos
Cruzo los brazos y a merced del viento
Navego por los mares de la vida.

(Durante toda esta escena van llegando conjurados).

**Escena 3.ª**—Dichos y Furio.

Furio.—De horribles nuevas portador a Roma
Vengo de Bayas.
Pisón.—Qué tremenda nueva
Nos puedes anunciar?
Furio.—Murió Agripina
Y la mató Nerón.
Pisón.—¡Su propio hijo!
Dioses del parricidio vengadores,
Por qué no herís la frente del tirano?
Mas narra el crimen, si el horror acaso
No te impide la voz.
Furio.—Oidlo todos.
Bien conoceis la historia de Agripina,
Y hay en el mundo quién la ignore acaso?
Sabeis como llegó por raro caso
Al tálamo de Claudio, su sobrina
Y con amor de madre soberano
Alzó al solio imperial su amado hijo.
En vano un estrellero la predijo
El negro parricidio del tirano,
*Que él reine y muera yo,* dijo al caldeo;
Y como a tal pasión nada le asusta
Allanó por las artes de Locusta
El término fatal de su deseo.
Y envenenado Claudio en una orgía
Vistió Nerón la púrpura tirano:
Su fiera condición de tigre hircana
Supo velar con diestra hipocresía:
Quiso su madre ser dominadora
Que era de firme y alto pensamiento:
Quiso Nerón desbaratar su intento
Y romper la cadena abrumadora.
Y todos lo sabeis: desde aquel dia
Soltó el tirano a su furor la rienda.
De tanta iniquidad la historia horrenda

Tal vez no cabe en la palabra mía.
Tentara en vano la infeliz matrona
De su Nerón encadenar la furia
Mientras ebrio de sangre y de lujuria
Salpicaba de lodo su corona.
Y cumplióse el tremendo vaticinio
Que el mago aquel en las estrellas viera:
Al César molestó la voz sincera
Que una noche sonara en su triclinio:
Hace luego aprestar pérfida nave
Para hundir en el piélago a Agripina
Cuando, con raudo herir, la onda marina
Los mal seguros leños desenclave.
Mas de peligro tal guardóla el hado.
Cerca de Bayas fué la nave rota;
Pero la Emperatriz, con fuerza ignota,
Logró llegar hasta la orilla a nado:
En mi villa después se refugiara
Y a Roma envió una carta con su siervo
Que anunciase a Nerón el caso acervo,
Y cómo del peligro se salvara.
Rugió Nerón al escuchar la nueva,
Lanzó un puñal delante al mensagero
Llamó a Afranio y a Séneca: «este acero
Es (esclamó) de su maldad la prueba.
Vuestro consejo en mi favor imploro»
Y Séneca y Afranio se miraron
Y temblando los dos, los dos callaron,
Si por temor o por horror, lo ignoro.
¡Nada decís! y prosigió el tirano:
«Compró sicarios por cortar mi vida,
A hierro muera: el hierro parricida
Hoy la justicia colocó en mi mano.»
. . . . . .
. . . . . .